

Tema 3:

ERRORES COMETIDOS EN EL MINISTERIO

Pastor Samuel Libert

Lectura Bíblica: Salmo 19:7-14. Gálatas 2:11-21.

Introducción:

Creo que no es necesario repetir todo lo que muchos deben haber leído en la revista «*Apuntes Pastorales*», donde publiqué un extenso testimonio sobre mis errores en el ministerio. De cualquier modo, por la naturaleza del tema que se me ha encomendado, es posible que me refiera a algunas de esas experiencias. Para comenzar se podría sugerir una «defensa» mencionando el adagio «*errare humanum est*» (errar es humano). Además, podríamos señalar que hubo grandes protagonistas de la historia bíblica que cometieron serios errores (por ejemplo, Pedro y Bernabé, según Gálatas 2:11-14, o Moisés y Aarón, según Números 20:10-12). Podríamos insistir, también, repitiendo una frase muy popular en la Argentina, que «nadie es perfecto». Es cierto: todas las personas se equivocan alguna vez -¡o muchas veces!-. Pero, como las excusas no son la mejor salida, el problema que se plantea es, entonces, ¿qué hacer con nuestras equivocaciones?, ¿qué hacer ante nuestros errores en el ministerio?, y ¿cuándo un error es pecaminoso? ¿o cuándo no lo es? Estas preguntas tienen que demandar todo nuestro interés.

a. Reconociendo los errores

1. Hagamos el intento de clasificar informalmente diversos tipos de errores, sin agotar la lista de los errores posibles. Mencionemos tan sólo algunos, para tener en cuenta las diferencias. Por ejemplo, entre otros:

- (A) Errores cometidos por ignorancia, precipitación, o improvisación.
- (B) Errores cometidos por descuido, por negligencia, o por falta de amor al prójimo.
- (C) Errores vinculados a un comportamiento inmoral o impropio.
- (D) Errores vinculados al orgullo y la ambición de poder.
- (E) Errores por impulsos característicos de la ira.
- (F) Errores producidos por mala influencia de otras personas, grupos, o agencias.
- (G) Errores vinculados al fanatismo, o a formas extremas del misticismo.
- (H) Errores producidos por la falta de estudio de la Biblia y de la sana doctrina.
- (I) Errores producidos por el mal ejercicio del aconsejamiento (*mala praxis*).
- (J) Errores vinculados a un mal entendido «acercamiento» a servidores del maligno.
- (K) Errores producidos por inmadurez y por estrategias equivocadas.
- (L) Errores vinculados al sincretismo religioso, religioso-ideológico y otros.
- (M) Errores producidos por la ambición de riquezas materiales.
- (N) Errores producidos por la mala actualización y la insuficiente información.

2. Pienso que todo ministro es consciente de algunos de sus errores, pero no de todos sus errores. David decía: *¿Quién podrá entender sus propios errores? Librame de los que me son ocultos* (Salmo 19:12, RV60). Y suplicaba en sus oraciones: *Exámíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mi camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.* (Salmo 139:23-24 RV60).

Me parece que un buen método para reconocer nuestros errores en el ministerio sería el siguiente:

(1º) Tener en cuenta que todos nuestros errores, aunque no estén directamente vinculados al ministerio, son «errores cometidos en el ministerio» (por ej., los errores en nuestro comportamiento familiar, o en nuestra conducta ante obligaciones seculares, como el pago de impuestos, la sujeción a las leyes de tránsito, etcétera). Yo conocía a un joven ministro que se complacía en violar con su carro las luces rojas y otras señales de tránsito porque «era divertido». Él no creía que esa actitud dañase su ministerio, y se justificaba diciendo que jamás había causado un accidente.

(2º) Realizar un autoexamen y hacer una lista de aquellos errores de los que *somos conscientes*. San Pablo enseña que es conveniente que nos examinemos a nosotros mismos (1 Co. 11:31). Este autoexamen es, sin duda, incompleto, imperfecto, pero es un buen paso para crecer en humildad y en madurez.

(3º) Considerar muy seriamente las observaciones de nuestros consiervos, y de otros hermanos, si ellos personalmente nos hacen notar algún tipo de error en nuestro ministerio, que nosotros no hemos tenido en cuenta (quizás por no haberlo advertido). En «*Apuntes Pastorales*» he descrito experiencias propias y cómo otros cristianos me ayudaron así a corregir mis equivocaciones.

(4º) El paso indispensable es pedir al Señor que nos muestre los errores que no hemos descubierto (Salmo 19:12 y 139:23-24). El salmista clama: *Exámíname, oh Dios*. Es muy difícil que estos errores ocultos sean revelados a través de una visión celestial o de un ángel; pero el Espíritu Santo nos guiará a descubrirlos a través del estudio de la Sagrada Escritura. Recordemos que los errores en el ministerio son concretos, y la Biblia los puntualiza con cuidadosa exactitud. También es probable que Dios nos hable y nos señale algún error oculto a través del sermón de un predicador. Muchos años atrás supe de un pastor de Estados Unidos que comprendió cuáles eran sus errores ocultos mientras oía un mensaje radial. Su «error oculto» era un pequeño brindis que él hacía antes de predicar, para sentirse más estimulado y más valiente.

b. Errores pecaminosos y errores «inocentes»

1. Sea por nuestro autoexamen o por el examen divino, todos llegamos a tener conciencia de nuestros «errores pecaminosos». Cuando un siervo de Dios se encuentra con su Señor reconoce sus errores pecaminosos, los confiesa y los abandona. En realidad, un ministro no tiene otra alternativa. Recordemos la experiencia de Isaías, cuyo encuentro con el Señor se produce *cuando ya era profeta*. El cap. 1:1 de su libro dice que él ya profetizaba en tiempos del rey Uzías. Pero su experiencia del cap. 6 fue cuando el rey Uzías murió. Hasta entonces él era un ministro que no había reconocido ni confesado sus errores pecaminosos. Fue un ministro serio, casado, con dos hijos. Su esposa era conocida como «la profetisa» (cap. 8:3). Su hijo mayor se llamó Sear-jasub (cap. 7:3) y su hijo menor recibió el nombre de Maher-salal-hasbaz (cap. 8:3).

Quizás el primero haya nacido antes de la visión del cap. 6, pero no podemos asegurarlo. En cuanto al segundo, nació después. Lo cierto es que Isaías era «una buena persona», «un buen ministro», «un profeta digno de respeto». Pero, frente al Señor, reconoció que era «hombre inmundado de labios» (cap. 6:5). Parece evidente que hasta ese día él había estado en el error de no comprender que no podía ministrar en tales condiciones. No podía predicar con labios impuros. Esto no significa que Isaías haya sido «un mal hombre». Sin duda él era lo que hoy llamaríamos «un ciudadano respetable». Pero tuvo que ver su pecado, su «error pecaminoso» en el ministerio, y apartarse de él. Es un hecho histórico que nos lleva a reflexionar.

2. ¿Cuáles son los «errores inocentes»?... Obviamente, son aquellos que no llevan intención pecaminosa. Por ejemplo, cuando los setenta enviados regresaron de la misión que Jesús les había encomendado, «volvieron con gozo diciendo: *Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre* (Lc. 10:17). Pero Jesús entonces les dijo: *No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos* (v. 20).

¿Cuál era el error...? Ellos tenían que recordar que sus nombres estaban registrados en la ciudad celestial, y que, mientras estuvieran en la tierra, no sólo tendrían momentos de regocijo sino también duros momentos de tribulación. Su gozo era legítimo, pero debían seguir su camino mirando hacia el más allá, aún en medio de alternativas luminosas o sombrías. Su error era similar al de Pedro en el monte de la transfiguración, cuando dijo: *Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí, y hagamos tres enramadas, una parz ti, una para Moisés, y una para Elías* (Lc. 9:33). El evangelio agrega que Pedro hablaba *no sabiendo lo que*

decía. Pocas horas después, Pedro sería testigo de la otra faz de las cosas frente al caso del endemoniado que estaba al pie del monte, un problema que no podía solucionarse haciendo enramadas. Estos errores, propios del entusiasmo, son «errores inocentes» (?) que pueden corregirse con la experiencia, el estudio, y la sujeción al Señor.

3. También hay errores accidentales, fortuitos, que sólo mencionaremos para tranquilizar nuestras conciencias. Por ejemplo, por confusión, preocupación, u otras causas, podemos tener lagunas mentales o equivocaciones ajenas a nuestra voluntad, sin ninguna vinculación pecaminosa. Todos recordamos anécdotas, risueñas o no, sobre esa clase de errores. A veces nos también nuestros gestos, nuestros ademanes, nuestra manera de vestir, y otras cosas que distraen la atención de la gente. Por supuesto, todos estos errores pueden describirse como «inocentes». La mayoría de ellos son imprevisibles, se producen en cualquier momento, y nos sorprenden a nosotros mismos.

Recuerdo que en una solemne ceremonia de casamiento, mi padre -que era un experimentado pastor y dirigía también el coro de la iglesia- se equivocó cuando dispuso que el coro cantase un himno que él había elegido a último momento. El coro tenía muchos himnos en su repertorio, pero todos nos sorprendimos cuando advertimos que la letra del himno que él nos hacía cantar en esa boda decía más o menos así:

«Los vaivenes de la vida yo no los puedo entender, dónde estaré mañana no lo puedo hoy saber; en el porvenir oscuro yo no puedo penetrar...», etcétera.

Yo era adolescente y formaba parte del coro. Había procurado, sin éxito, corregir el error de mi padre, haciéndole toda clase de señas. Pero él no me vió... y cuando empezamos a cantar, ya era demasiado tarde. Este anecdótico e inolvidable error fue, asimismo, un «error inocente». ¡Papá se había confundido al marcar el número del himno en el album de música!

c. Amados hermanos míos, no erréis (Stgo 1:16 RV60)

1. Esta exhortación de Santiago no puede separarse de su contexto. Santiago se refiere a la tentación. En el v. 13 advierte: *Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el malo, ni él tienta a nadie*. No debemos equivocarnos. La verdad es que **somos** tentados. Sería un error pensar que **no** somos tentados, o que determinadas tentaciones proceden de Dios. No olvidemos que el mismo Señor Jesucristo fue también *tentado en todo según nuestra semejanza* (Heb. 4:15). Por eso sabemos que la tentación **no** viene de Dios. Viene del Diablo. Y es el Diablo el que nos tienta a escudarnos en excusas en vez de corregir nuestros errores. Temos como el de hoy no deben considerarse superficialmente. Es más fácil decir «error» que «pecado». Y, en muchos casos, usar livianamente la palabra error puede ser, de veras, un error, un grave error.

2. Pero ¿qué quiso decir Jesús cuando nos enseñó a orar al Padre diciendo: *No nos metas en tentación, mas líbranos del mal...*? (Mt 6:13). El error más grave sería ignorar la tentación suprema. El mal (o el Malo) existe, y nunca debemos tomar al Diablo a la ligera. Pero cuando decimos *no nos metas en tentación* reconocemos que Dios ya ha hecho lo que le pedimos. Es Él el que nos enseña a pedirlo. Es Jesucristo, nuestro Hermano Mayor, en cuya compañía oramos a Dios diciendo *Padre nuestro*. Y así como ya es nuestro Padre, porque ya nos ha recibido como hijos; y así como pedimos que su Nombre sea santificado, cuando su Nombre ya es Santo; y así como oramos que venga su Reino, siendo que su Reino ya está entre nosotros y ya avanza hacia su consumación; y así como rogamos que se haga su voluntad, aunque su voluntad ya se está cumpliendo; ¡así suplicamos también que Él no nos meta en tentación, y que nos libre del Malo, plegaría ya contestada, pues Jesucristo triunfó en la tentación suprema y ya fuimos liberados en la Cruz!...

Amados hermanos míos, no erréis. Esto es bueno: *El Señor ya nos ha librado del máximo error*. Él ya nos ha arrancado de las fauces del Maligno (1 Jn. 5:18). Y ahora no hay lugar para la gran tentación.